

la mañana, Egica una paliza de que aún guardarán memoria mis pantorrillas de no resguardármelas picarescamente con el gabán á modo de miriñaque ó de coraza, y los ojos de Vitziza, como si yo ó alguien de mi familia se los hubiera arrancado, me tuvieron tres días en el calabozo.

En aquella clase se vieron cosas horrendas. A un Rafaelón, que por sus pecados era estevado de piernas y de entendimiento, el no hacer morir asesinado á San Hermenegildo le valió una mano de bofetadas que le ensangrentaron la boca, porque el exdómine apaciguaba sus instintos de fiera cuando, á la preguntita de reglamento.—*y éste cómo murió*—que hacía con la vara en la mano, la vista en la presa, el pie derecho adelantado y el cuerpo encorvado como el tigre cuando va á herir, se respondía: *Asesinado por su sucesor*. Tres reyes asesinados de seguida le templaban los ardores de la caña.

Estos infantiles recuerdos me hacen aborrecible la indigesta letanía de los reyes godos, aún en el día de hoy. Aquella serie de asesinatos, envenenamientos, mutilaciones y despojos que la constituyen, me hubieran quitado el herpetismo monárquico, de haberle yo heredado; así como las trapacerías hermenegildescas y leovigildescas me hubiesen limpiado de la escrófula católica de traerla yo en la masa de la sangre. Porque si el catolicismo monárquico de los señores reyes godos, de Recaredo en adelante, me costó á mí tan sendos estirones de orejas y tan ambos palmelazos (que el dómine jamás perdonó la zurda después de tentar la derecha), ¿no sería yo un badulaque en sentir que se llevasen los demonios en el Guadalete toda aquella *grandeza pública* que tan privadas zurras me proporcionó? ¡Sí, vive Dios! Que los rubios de ojos azules vieran por ellos más agua que lleva el Manzanares, deplorando el triunfo de los árabes de Tarik, ya

que el color de su pelo y pupilas les consienten la ilusión de descender de un godo, quizá de un alano, tal vez de un silingo, probablemente de suevo, acaso de un vándalo; yo, español legítimo y, por ende morenito, de pelo negro como la endrina y pupilas de azabache, uno de aquellos *moros bautizados* que, según la elocuente frase de Chateaubriand, constituimos la masa de la población de España, no tengo por qué afligirme de que los godos se ahogasen en Guadalete, y que á su monarquía se la llevase la trampa. Y respecto del catolicismo, que nos impusieron á cintarazos los godos, los sucesores de los godos, y los admiradores de los godos, no sólo no tengo por qué sentir que ande tan de capa caída, sino que, por el contrario, deberíamos los morenos formar una coalición para descatolizarnos, si quiera fuese en desagravio de la sangre moruna que llevamos en las venas.

Pero dirá el lector: ¿á qué vienen todas estas divagaciones góticas y arábicas en unas *Notas de Estudio sobre la Santa Biblia*? ¿Qué tienen que ver los reyes godos con los reyes judíos que venia Riofranco presentando en ordenada galería?

Debo contestar y contesto: Perdóname, lector, la divagación. Allá van notas donde va mi gusto, que dijo el otro de sus versos. Parodiándole una octavilla famosa, podría yo exclamar.

Recuerdos horripilantes
de una horripilante historia

me han asaltado el magin al presentármese en él, sin saber por qué, el odioso exdómine que intentó enseñarme la historia gótico-española.

Pero la divagación, no lo dudes, iba derecha como una bala á la historia de los reyes judíos. Lo que quería decirte era, y no me lo dejo en el tintero, que así como de los reyes godos, en general, se puede decir *este fué aún peor que el anterior*, pintiparada y de molde viene la frase á

los reyes judíos. *Este fué aún peor que el otro:* he aquí en compendio la historia de la mayor parte de ellos. Y así como al último rey godó le chapuzaron los árabes en un río, al último rey judío le llevaron los caldeos á orillas de otro río, para que allí llorase sus penas á sus anchas. Es una endiablada historia, aunque escrita por el Espíritu Santo, la cual hay que dividir en dos ramas, para exponerla en toda su diablesca desnudez.

Ya sabes, lector, que Jehová, después de reunir en manos de David y de Salomón las doce tribus, cometió la solemne tontería de partir el reino en dos. Su voluntad debió ser buena, indudablemente, pero la erró de medio á medio. Jehová creería que teniendo dos reinicos chicos, andaría más honrado que con uno grande; pero le salió la cuenta de las monteras de Sancho, quiero decir, que los dos reinos chicos sólo le sirvieron para hacerle perrerías por duplicado. Y en prueba de ello, lee.

A Jeroboam, solemnisimo bribón renegado, pues se fué tras los dioses becerros, sucedió su hijo, de nombre NADAB, que reinó dos años, y, dice el texto, *hizo lo malo en ojos de Jehová andando en el camino de su padre, y en sus pecados en que hizo pecar á Israel.*

Como se vé, las señas son mortales. Pero á este pícaro de Nadab, Jehová le hizo pagar todas las suyas y las de su papaito, como tenía prometido; para lo cual, un conspirador, llamado BAASA, le mató malamente, alzándose después con el santo y la limosna, quiero decir, con las diez tribus y el título de rey.

Este Baasa, después de coronado, no dejó de la casa de Jeroboam meante á la pared, y, como los perros ciudadanos lo hacen de esta manera, es de suponer que ningún perro (¿qué harían de las perras?) de esta vecindad, perteneciente á la familia de Nadab, salió con vida de las garras de Baasa.

Entre este Baasa y un rey godó de los varios que, después de matar á su antecesor, degollaron toda su familia, ¿quién me encuentra diferencia? Pues si no la hay, ¿quién dirá que yo divago?

LVI

Ni el asesinar á Nadab, ni el raer de la casa de éste todo meante á la pared, le sirvieron de nada al pobrecito Jehová, que se tiraba de las luegas barbas en el empiro, viendo que sus queridísimos israelitas hacían de él tanto caso como yo de las excomuniones de los reverendos obispos y arzobispos españoles. Porque Baasa, que empezó mal, pues el asesinato es mal camino para todas partes, aun para el trono, durante los veinticuatro añazos que reinó, hizo veinticuatro mil perrerías al Dios que vió de espaldas Moisés en Horeb, deleitándose en el culto de los toritos jovencillos, ó séase becerros que mandó fundir Jeroboam el previsor.

Con todo y eso, Jehová se lo llevó en paciencia, acomodándose al humor teológico y á la decida afición becerril del conspirador alzado á rey. Sin embargo, envió un profeta, para que anunciara á los vivientes que, si á Baasa perdonaba, lo que es sus descendientes se la habían de pagar con una raedura de meantes á la pared en toda regla jehováica, que sabido es consistía en que á los muertos en la ciudad se los comiesen los perros y á los difuntos campesinos se los engullesen los grajos.

El ciudadano por cuyo intermedio envió ahora Jehová el recadito, llamábase Jehú, de quien sólo se sabe que fué hijo de Hanani, pocas señas para poderle distinguir el día del juicio en el valle de Josafat, entre la caterva innumerable de los profetas, iluminados, ó *alumbrados*, que tanto monta.

A Baasa que durmió con sus padres, según la

Si estas palabras, lector, no te confirman aquello de este fué aún peor que el otro, y no te demuestran que para el Espíritu Santo el toque de ser bueno ó malo un rey estaba en servir ó no servir á Jehová, habré de renunciar á hacerte comprender que en esta historia israelista, de parte de los reyes de Samaria hubo siempre un odio secreto al culto mosaico, cuyo centro era el templo de Jerusalem, que guardaba el Arca de la Alianza, por temor fundado de que si el culto mosaico prevalecía, la independencia de las diez tribus respecto á la de Judá, corriese graves peligros.

Las veintidos años del reinado de este Achab, el impio, el infame, el malvado, el odioso Achab, que dicen los católicos, ocupan en la *Biblia* seis largos capítulos, dignos de comentario largo y divertido, porque lo que jamás había en el mundo pasado, sucede en uno de ellos, y es que un mozo muerto resucite, cosa estupenda, piramidal y morrocotuda, que he de examinar despacio, por ver si logro, á fuerza de escudriñar, hallar la receta de que Elías se sirvió para ello; porque, ahora que amenaza el cólera, dedicarse á resucitar muertos sería un negocio loco, y un admirable medio de propaganda en favor del librepensamiento. ¡Vamos! ¡Pues no tendría gracia que yo dejase al doctor Ferran, resucitando á los muertos de la epidemia oficial, merced á mis estudios bíblicos, tamaño como un Romero Robledo!

LVII

Por que en el reinado de Achab anduvo por el mundo un profetazo descomunal, que realizó cada milagro y llevó á cabo cada barrabasada que, sino hicieron temblar el *Credo*, fué por la sencillísima razón de que aún por entonces no había sido éste confeccionado en el concilio de Nicea.

Llamábase aquel barbián Elías, y su primera aparición en la *Biblia* es para decirle al rey Achab, en tono pedantesco y adornando la frase con un juramentillo bastante agrio, que por espacio de unos cuantos años no había de llover en tierra de Israel más que cuando á él bien le pareciera. En seguida cobra miedo y se larga más que á paso, yendo á esconderse en el arroyo de Cherit, donde los cuervos le llevaban todos los días su ración de pan y carne por la mañana y de carne y pan por la tarde. Te digo, lector, con toda mi ingenuidad republicana, que ignoro por completo si los cuervos robaban estos alimentos, ó eran de su propio peculio y peculiar fabricación; mas juro que, si lo primero, eran unos cuervos ladrones, dignos de garrote vil en opinión de carniceros y panaderos respetables, y si lo segundo, que este milagro es aún mayor que el otro, porque nadie me negará que fabricar un pan le debe costar un poco más de industria á un cuervo que, una vez hecho, cogerlo en el pico y llevarselo á un arroyo á un profeta huído y entablerado.

Á los pocos días, el arroyo en que bebía Elías se secó, indudablemente porque al profeta no le dió la gana de hacer llover, y Jehová, para que su elegido no se muriera de sed, que fuera muerte muy cursi para un profeta que disponía de las lluvias, baja al arroyo y le dice á Elías que se vaya á Sarepta de Sidón, donde le tenía preparada una viuda, en cuya casa había muy poco dinero, pero mucha comodidad de hacer un par de milagros y acreditarse de escamoteador y taurmaturgo de primera.

Elías, sin despedirse siquiera de los cuervos, marcha á Sarepta, y al llegar á la puerta de la ciudad topa con la viudita, ocupada en el campastre entretenimiento de coger unas serojas, para hacer una ensaladilla con que aplacar la gazuza propia y la de un su hijo, niño al parecer

Pide Elías á la campesina dama un vaso de agua, que ésta se dispone á traerle en el acto de muy buena voluntad; pero como el pedir fué de siempre eminentemente teológico, el profeta, viéndola tan obediénte, la ruega que le traiga además un pedazo de pan. La pobre viuda replica al pedigüeno varón que apenas si le queda en casa un puñado de harina, mas el profeta contesta que lo emplee en hacerle una torta, y que no se apure, pues ni aquella harina había de acabarse, ni la botija del aceite amenguarse por muchas tortas que le hiciese.

Y fué así; lo cual se ha de tener por verdadera y cumplidamente milagroso; porque el que niegue ser milagro esto, ni entiende de teología hebráica, ni de profecía, ni de nada que tenga sentido bíblico, que es de todos los sentidos el más reñido con el sentido común. Empero, aunque milagro, esto de no consumirse la harina y el aceite de la viuda es un milagro que pudiéramos llamar pedestre ó de infantería, al lado de otro que sigue, el cual, sin impropiedad de lenguaje, podría denominarse milagro montado ó de caballería.

Hable el texto:

«Después de estas cosas (*mejor dijera tortas*) aconteció que cayó enfermo el hijo del ama de la casa *la cogedora de serojas á causa de no tener otra cosa que comer*), y la enfermedad fué tan grave, que no quedó en él resuello. Y ella dijo á Elías: ¿qué tengo yo contigo, varón de Dios? ¿Has venido á mi para traer en memoria mis iniquidades y para hacerme morir mi hijo? Y él le dijo: Dame acá tu hijo. Entonces él lo tomó de su regazo y llevólo á la cámara donde él estaba (*obsérca, lector amable, cómo Elías procuraba hacer las cosas buenas solito, para que no le incomodase la gente*) y púsole sobre su cama. Y clamando á Jehová dijo: Dios mío, ¿aun á la viuda en cuya casa estoy hospedado, has afligido

matándole su hijo? Y midióse sobre el niño tres veces (*por esto llamo el milagro montado, porque para medirse un hombre vivo sobre un niño muerto, no veo otro procedimiento que echarse el vivo sobre el difunto*) y clamó á Jehová y dijo: Jehová, Dios mío, ruégote que vuelva el alma de este niño á sus entrañas. Y Jehová oyó la voz de de Elías, y el alma del niño volvió á sus entrañas, y REVIVIÓ. Tomando luego Elías al niño, trájolo de la cámara á la casa, y diólo á su madre, y dijola Elías: Mira tu hijo, vive. Entonces la mujer dijo á Elías: ahora conozco que tú eres varón de Dios, y que la palabra de Jehová es de verdad en tu boca.»

He dejado hablar de corrido al Espíritu Santo, porque estas cosas de *recibir*, ó sea resucitar los muertos, tienen tres pares y medio de bemoles, y no son para contadas por dosis ni por profanos. La cosa es todo lo seria que una cosa puede ser. Al chico de una pobre viuda le da una congoja; la madre le cree muerto y acusa en su dolor de la desgracia á un hiesped atrabiliario y teológico, que se ha entrado de rondón en su casa; éste coge al muchacho, le lleva á su cuarto, se echa sobre él y se le devuelve con vida á la madre; y ésta, en el paroxismo de la alegría, clama: tú eres enviado de Dios. ¿Cabe mejor procedimiento para acreditarse de profeta? El que lo dude, jamás se explicará por qué estos milagros nunca se verificaron ante una comisión de médicos célebres, ó siquiera de veterinarios acreditados. Este milagro, que en toda su vida pudo fabricar Moisés, con todo su hablar con Jehová boca á boca, es el que más ha contribuido á la fama de Elías, de quien los judíos estan orgullosísimos y con razón; porque hombre que resucita á otro, si no es Dios, es su primo hermano, ó cuando menos cuñado, quiero decir, cuña de la misma madera.

En general, todas las personas que tienen si-

quiera dos dedos de frente, consideran los milagros una filfa. Yo debo declarar que por filfa tengo todos los otros de que hasta aquí me he ocupado, pero éste no, por la sencilla razón de que no se dice en la *Biblia* que este chico resucitado por Elías se volviese á morir. Y tal vez ande el muy pícaro por esos mundos de Dios haciéndose el tonto, hasta que un librepensador de poca trastienda ponga en duda su resurrección, para salir á desmentirle en un comunicado en *La Correspondencia*, ú otro periódico de la misma índole.

Porque, digo yo, ya que Elías hizo el milagro, le haría en regla, esto es, ya que resucitó al niño de la viuda, no lo haría para que se le muriera ni á los treinta ni á los cincuenta, sino para que no se muriese jamás; pues de otra suerte la resurrección resultaría una tontería parecida á la del pobre hombre, de que nos han hablado los periódicos, que después de haber sido llevado al cementerio cuando tenía veinte años, creyéndole muerto á consecuencia de la catalepsia, se ha suicidado á los sesenta y seis, declarándose indigno de la providencia de Dios, á la cual ha hecho aparecer cómplice de una bobada, sacando del sepulcro al que por su gusto había al fin y á la postre de ir á él.

Al cabo de muchos años, pasados en la agradable compañía de la viudita cogedora de serojas, de la harina que no menguaba y de la botija de aceite que no se consumía por muchas tortas que se fabricasen, Jehová mandó á Elías que fuese á hacerle una visita de cumplimento á Achab, para anunciarle lluvias. Elías, que viene á ser en este pasaje una especie de Zaragozano, anterior á la invención de la imprenta y de los calendarios, presto y bien mandado se dirige á Samaria, donde había hambre, achaque demasiado común entre los israelitas, para ser, como eran, los elegidos de Jehová.

A este tiempo, Achab, con muy buen acuerdo, había dicho á Abdías, su mayordomo, que precisaba rebuscar por el país donde existiese grama que pastasen los ganados del ejército y de la casa real, y, tirando, uno por un camino y otro por otro, emprenden la buena obra del rebusco de pasto, para evitar prudentemente la destrucción de la caballería.

Elías, que tenía un miedo terrible á Achab, se aparece en el camino del mayordomo, y éste, que era aficionado á la teología y á los profetas, al distinguir el resucitador de muertos, se derriba en tierra y le hace reverencias y arrumacos. Elías le manda que vaya á anunciar su visita al rey, pero Abdías, que conocía el humor del monarca y las ganas que á Elías tenía, se niega, diciendo que Achab le mataría. Jura el profeta, y, rendido el mayordomo, va á anunciar la visita. Achab, hombre cortés, no espera al profeta, sino que va á buscarle, y encarándose con él, le dice:

—¿Eres tú el que alborotas á Israel?

—Yo no he alborotado á Israel, sino tú y toda la casa de tu padre, dejando los mandamientos de Jehová y siguiendo á Baal.

Esta interpelación y su respuesta indican que, encontradas la opiniones en Israel, acerca de la religión, el rey entraba con todas, como en la romana del diablo, y Elías, tradicionalista rabioso, era el caudillo de los fieles al culto mosaico. Lo que demuestra que siempre anduvo el mundo revuelto, y que en la respetable antigüedad, nuestros respetabilísimos antecesores se tiraban los trastos á la cabeza por nonadas como esta de tener por Dios á Baal ó á Jehová, que después de todo les debía tener perfectamente sin cuidado, por ser cosa resuelta que ninguno de los dos echan garbanzos á la olla del que no tiene dinero.

Elías, que era hombre de mucho pelo en el

pecho, de parecerse al retrato que de memoria hizo de él cierto pintor de nombradía, queriendo convencer al rey de que Baal era un Dios de pega y pamema, y sus sacerdotes unos profetas de engañifa, le propone que delante de todo el pueblo israelita, congregado en el monte Carmelo, comparezcan los cuatrocientos y cincuenta profetas de Baal, y los cuatrocientos profetas de los bosques que comían á la mesa de Jezabel. (Total 850 gorriones que almorzaban y cenaban á costa del pueblo hebreo. No se cuentan los que comían y merendaban á cargo de las propias costillas de bobos por cuenta de Jehová) para demostrarle á todo el mundo que los tales baalistas eran unos zoquetes que no sabían producir humo sin hacer fuego.

Achab, que llama á Elías alborotador y le tenía entre ceja y ceja, así que le ve le obedece como un doctrino, y proporciona sandiamente al revolucionario la más bella ocasión de lucirse y cobrar entre las masas inmenso prestigio.

Congrega al pueblo en el Carmelo, como convocándole á la insurrección, y acuden los sacerdotes de Baal y Elías. Este toma la palabra y dirigiéndose á la masa, dice: *¿hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él.* El pueblo se calla como un muerto á esta excitación plebiscitaria, para resolver tan delicado punto de teología dogmática; pero Elías, que no se da por vencido, jugando el todo por el todo, propone un desafío entre todos los profetas de Baal (850 según queda dicho) y él solo, como representante de la esquilhada casta de los profetas de Jehová.

Mas esto es tan superferolítico en la clase de desafíos, que merece nota aparte.

LVIII

Porque se han visto muchos desafíos raros y

estrafalarios en el mundo, por ejemplo, el de aquellos dos ingleses que se retaron á quien más aguantara las ganas de orinar; pero tan desigual, inusitado y superferolítico, ya que he usado esta palabra, como el de Elías con los baalistas, apuesto todos los conocimientos en lengua hebrea de cierto presbiteróide que me acusa de no usar los nombres judáicos con sus propias letras en estas NOTAS, contra una peseta, que bien tasados podrán valer los supradichos conocimientos del supradicho presbiteróide en la supradicha lengua hebrea (1), á que no se ha visto en el mundo.

Pues viendo, Elías por supuesto, que la congregación del pueblo israelita, hacia oídos de mercader á sus discursos, poniendo á contribución sus dotes milagreras, que tan bien le habían pintado en casa de la viuda, se encara con los profetas de Baal, y les dice, en substancia:

—¡Ea! Vosotros sois cuatrocientos, yo uno solo. Que traigan dos bueyes. Vosotros cogéis uno, le hacéis pedazos, le ponéis sobre leña en vuestros altares, y á ver si le hacéis ceniza sin prender fuego á la leña, invocando vuestro Baal de engañifa y mentirigillas. Yo haré pedazos el otro buey, le colocaré sobre leña, é invocaré á Jehová, y veréis como á este nombre el buey se achicharra sin necesidad de candela. De este modo, todos estos señores que nos ven, podrán convencerse de cuál de los dos, si Jehová ó Baal, es Dios.

Aceptan los baalistas el reto y comienza la función pública. Pero, dicho sea en honor de la verdad, por más que aquellos cuatrocientos ganapanes proféticos hicieron, ya clamando á grandes voces, ya bailando en derredor del altar, ya sajiéndose con navajillas que para el caso

(1) Y taso largo. Porque la ruín mollera que no sabe escribir R ofranco de un solo tirón, y necesita emplear dos mayúsculas para tan poca cosa, ¡qué va á saber de hebreo!

usaban, el buey despedazado, fresco que fresco sobre la leña, con vergüenza inmensa de ellos y de Baal, á quien Elías tomaba el pelo, diciéndoles mientras sudaban, se desgañitaban y sangraban: más alto, compadres, llámadle más alto, quizá esté rocando, ó echando un párrafo con su señora.

Rendidos de fatiga y acoquinados, á la media tarde los profetas de Baal se dieron por vencidos: no había voz, dice la *Biblia*, que les contestase. Entonces Elías, coge doce pedruscos y arregla un altar, hace una reguera á su alrededor, compone la leña, coloca el buey hecho trozos, riega leña y carne abundantemente con agua (?) y una vez hecho esto, se acerca al altar y dice:

—*Jehová, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas. Respóndeme Jehová, respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, oh, Jehová, eres el Dios, y que tú volviste atrás el corazón de ellos.*

Jehová, Dios decente y caballeroso, no ocupado en las tracamandanas en que debiera andar Baal, así que Elías, con tan relamidas y apremiantes razones le suplica, cae sobre el holocausto en forma de fuego abrasador, ó fósforo de Cascante, y en un abrir y cerrar de ojos consume la leña, tuesta el buey y seca las aguas con que todo había sido regado.

El pueblo, con gran jolgorio, decide por Jehová, y, como era natural, los profetas baalistas pagan la patente de su ignorancia en materia de milagros plutónicos, siendo degollados en masa en el arroyo de Cison.

Si á todos los embaucadores se les aplicase el mismo procedimiento, no arroyo fuera el Cison, sino río de sangre, de respetables caudales.

Hecho el milagro, Elías se convierte en astrónomo, y cuando ya ve *nimbus* en el horizonte,

envía á su criado para que le diga á Achab que se meta pronto en casa si no quiere mojarse. Aquí de lo de Quevedo, sobre los pronósticos. Señal de lluvia: ver llover.

Cualquiera pensará que jamás habían de volver los israelitas á lo del cojear entre dos dioses, y que Elías tendría asegurado el pontificado máximo de por vida, después del prodigio público y notorio del monte Carmelo.

Nada de eso, señores, nada de eso. Al Carmelo, para Elías, se le quita la *r* y queda en Camelo soberano, pues, así que Achab le cuenta á su mujer, que era una hembra de pelos en el corazón, por nombre Jezabel, lo que habían hecho con sus cuatrocientos profetas, la reina, convertida en basilisco, exclama:

Así me hagan los dioses, y así me añadan (este era un terno atroz entre los israelitas), *si mañana á estas horas yo no haya puesto tu persona* (la persona de Elías milagrero) *como la de uno de ellos.*

Elías, al saber esta resolución de la magnánima Jezabel, no fiándose de sus propios milagros, toma más que á paso el camino del desierto, huyendo como alma que lleva el diablo; lo cual hallo sumamente irregular, pues hombre como él, que sabía resucitar los muertos, bien podía en propio beneficio haber hecho cosa más sencilla, que es parecerlo, ahorrándole fatigas á sus pantorrillas.

En el desierto vuelven á sucederle cosas milagrosas y entra en conversación larga y tendida con Jehová, que le manda ungir á un rey de Siria, metiéndose en camisa de once varas, pues á él sus israelitas debieran ser los que le interesarán, que los sirios, como habían de llevárselos de todos modos los demonios, debieran tenerle perfectamente sin cuidado.

Es de saber que Elías, al pasar por un campo, le echó la capa á un mozo que araba, llamado

Eliseo, al cual nombró su sucesor en el arte de los milagros y designó por continuador en su oficio de representante y profeta de Jehová.

Cuéntanse en el capítulo XX dos expediciones sucesivas de Ben-adab, rey de Siria, contra Achab, que éste rechaza victoriosamente. Estos sucesos insignificantisimos en la Historia del mundo, se hacen notables en la *Biblia*, por la franqueza de lenguaje del señor Espíritu Santo, que la inspiró, franqueza poco respetuosa para el prestigio del principio monárquico, y muy conveniente para imponernos de los sistemas de teología de los antiguos tiempos.

«.....Y estaba Ben-adab bebiendo, BORRACHO en las tiendas, él y los reyes, los treinta y dos reyes que habían venido en su ayuda.»

¡Treinta y tres reyes chispas en un día de batalla no me parece un espectáculo muy apropiado para exaltar los sentimientos monárquicos. ¡Treinta y tres reyes! ¡Pues no necesitarían hoja de lata para las coronas!

«Y los siervos del rey de Siria, le dijeron: sus dioses (los de Israel) son dioses de los montes: por eso nos han vencido: mas si peleásemos con ellos en la llanura, se verá si no los vencemos.»

Jehová, en efecto, se atufa de que los sirios le hagan Dios montaraz, y los desbarata. Dios de los montes... Dios de los valles... ¡No estáis viendo que estos dioses no son otra cosa que la disposición mayor ó menor de los pueblos para combatir en monte ó en llano?

Como á los israelitas no les podía salir nada bien, Achab perdona la vida al rey de Siria, y Jehová, que le había favorecido en la guerra, se le pone de morros en la paz.

¡Ni el diablo que entienda á semejante personaje!

*
* *

Allá va una historia bíblica, digna de ser gra-

bada en mármoles y en bronces, para que se sepa quiénes eran los protegidos del Dios Jehová. Copio:

«Pasados estos negocios, aconteció que Nabot de Jezreel tenía en Jezreel una viña junto al palacio de Achab, rey de Samaria. Y Achab habló á Nabot, diciendo: dame tu viña para un huerto de legumbres, porque está cercana, junto á mi casa, y yo te daré por ella otra viña mejor que ésta; ó si mejor te pareciere, te pagaré su valor en dinero.»

«Y Nabot respondió á Achab: guárdeme Jehová de que yo te dé á ti la heredad de mis padres. Y vino Achab á casa triste y enojado por la palabra que Nabot de Jezreel le había respondido, diciendo: no te daré la heredad de mis padres. Y acostóse en su cama, y volvió su rostro, y no tomó pan.»

«Y vino á él su mujer Jezabel, y díjole: ¿por qué está tan triste tu espíritu, y no comes pan? —Y él respondió: porque hablé con Nabot de Jezreel, y díjele que me diera su viña por dinero, ó que si más quería, le daría otra viña por ella: y él respondió: yo no te daré mi viña. Y su mujer Jezabel le dijo: ¿eres tu ahora rey de Israel? Levántate y come pan, y alégrate: yo te daré la viña de Nabot de Jezreel.»

«Entonces ella escribió cartas en nombre de Achab, y sellólas con su anillo, y enviólas á los ancianos y á los principales que moraban en su ciudad de Nabot. Y las cartas que escribió decían: proclamad ayuno, y poned á Nabot á la cabecera del pueblo; y poned dos hombres perversos delante de él, que atestigüen contra él y digan: tú has blasfemado á Dios y al Rey. Y entonces sacadlo, y apedreadlo, y muera.»

«Y los de la ciudad, los ancianos y los principales que moraban en su ciudad, lo hicieron como Jezabel lo mandaba, conforme á las cartas que ella les había enviado; y promulgaron ayu-

no, y asentaron á Nabot á la cabecera del pueblo. Vinieron entonces dos hombres perversos, y sentáronse delante de él; y aquellos hombres de Belial atestiguaron contra Nabot delante del pueblo, diciendo: Nabot ha blasfemado á Dios y al Rey. Y sacáronlo fuera de la ciudad, y apedrearónlo con piedras y murió. Después enviaron á decir á Jezabel: Nabot ha sido apedreado y muerto.»

«Y como Jezabel oyó que Nabot había sido apedreado y muerto, dijo á Achab: levántate y posee la viña de Nabot de Jezreel, que no te la quiso dar por dinero; porque Nabot no vive, sino que es muerto. Y oyendo Achab que Nabot era muerto, levantóse para descender á la viña de Nabot de Jezreel, para tomar posesión de ella.»

¡Qué rey, qué reina, qué príncipes, qué ancianos y qué estilo!

LIX

Soy incapaz de decidir sobre quién era más canalla, si el rey Achab ó la reina Jezabel, porque si bien en ésta hallo que falsificó la real orden en que se disponía el asesinato de Nabot, en Achab encuentro la vileza de levantarse bonitamente de la cama, para tomar posesión de la viña de Nabot, aceptando con cara de risa el crimen que en su beneficio había cometido su esposa, en vez de darle una felpa como para ella sola; que no fueran las únicas manos de rey las suyas que habrían abofeteado carrillos de princesa.

De lo que no me queda la menor duda es de que los ancianos que apedrearón á Nabot eran, de las canas cabezas á los pies callosos, unos canallas, exactamente iguales los unos á los otros, canallas teológicos, que es la peor de las especies del género. ¡Mira, lector, que á conciencia y por una simple carta real, armarle á un convencino honrado una tracamandana clericalisca, como la

que le armaron al pobre Nabot, exige que aquellos ancianos fueran realistas y encanallados hasta el tuétano! ¡Y la Biblia que no vuelve á ocuparse de ellos, dejando presumir que se murieron tranquilamente de viejos! ¿No te parece un libro de moralidad exquisita?

Elias, á quien hemos dejado huyendo de las amenazas de Jezabel, dió con sus barbas en Damasco; pero así que la reina hizo asesinar villanamente á Nabot, el profeta, que era un atadido de contradicciones y cosas raras, perdiendo el miedo, nunca más fundado, se planta en Samaria, y en la propia viña de Nabot, en donde topa á Achab, le echa á éste una profecía que le parte por el espinazo, y le amarga el gusto que debía producirle el ver crecer los repollos en el majuelo trasformado en huerto.

Por supuesto, que todo esto lo hace Elias por orden terminante de Jehová, que le manda endilgar á Achab la siguiente perorata:

«He aquí que yo traigo mal sobre tí, y barreré tu posteridad, y talaré de Achab todo meante á la pared; al guardado y al desamparado en Israel: Y yo pondré tu casa como la casa de Je-roboam, hijo de Ahia, por la provocación con que me provocaste á ira y con que has hecho pecar á Israel.»

«De Jezabel también ha hablado Jehová diciendo: los perros comerán á Jezabel en la barbacana de Israel.»

Esta profecía, así como todas las órdenes de Jehová, acaba con la formulilla obligada «al que de Achab fuere muerto en la ciudad le comerán los perros; y el que fuere muerto en el campo, comerlo han las aves del cielo,» que viene á equivaler al *Dios guarde á V. muchos años*, con que nuestros oficinistas monárquicos acaban todos sus oficios.

Al oír este espeluznante discurso, Achab, en vez de corresponder á su digna esposa, que le